

“How long is now?”: extravíos berlineses (1993-2015)

‘How Long is Now?’: Berliner Wanderings

ODETTE CASAMAYOR CISNEROS

University of Connecticut · odette.cisneros@uconn.edu

Profesora de la Universidad de Connecticut y profesora invitada en el Rockefeller Center for Latin American Studies en la Universidad de Harvard. Es la autora del libro de ensayos *Utopía, distopía e ingravidez: reconfiguraciones cosmológicas en la narrativa post-soviética cubana*. También ha publicado el volumen de relatos *Una casa en los Catskills*.

RECIBIDO: 9 DE FEBRERO DE 2015

ACEPTADO: 3 DE JUNIO DE 2015

Resumen: Tejiendo ficción y narrativa autobiográfica vuelco en este texto las experiencias de una cubana que en la década del noventa pudo al fin viajar al extranjero y conocer otras realidades. Las controvertidas emociones que desata en la protagonista de veinte años vivir junto a su amante los primeros tiempos de la reunificación entre el Este y el Oeste, tras la Caída del Muro de Berlín, es lo que intento transmitir con este texto. Se enfrentan aquí, a través de la sutileza de las emociones, las carencias del Período Especial y el inmovilismo político mantenidos en Cuba tras el colapso del sistema socialista, con los cambios que dicho colapso provocó en Europa del Este. Traigo entonces la vivencia de una encrucijada de diversas historias con La Historia. Es lectura triste porque arrastra todo lo que nunca se tuvo, fuese la sociedad perfecta prometida en slogans y discursos, o el amor insostenible, imposible entre tanta incertidumbre y olvido.

Palabras clave: Cuba, Berlín.

Abstract: This is not an academic essay but a text combining fiction and autobiographic notes. Here, I transmit the experiences of a Cuban woman who traveled abroad for the first time in 1993, when she and her East-German lover intended –unsuccessfully– to live together in the recently reunified Berlin. Through the subtlety of emotion, the reader will follow the confrontations between the Cuban woman, who after the collapse of the socialist system experienced Special Period’s scarcity and political stagnation in her island, and the German young man who is suddenly constraint to reorganize his life under the new capitalist order established with the reunification. This is thus a sad tale of the encounter of intimate stories with History.

Key words: Cuba, Berlín.

DOI: 10.7203/KAM.5.4606



0. Los itinerarios rotos

Hay saberes que, por más que lo intentemos, se resisten a ser expresados a través de la convencional fórmula ensayística. Por eso, en un tejido de ficción y narrativa autobiográfica vuelco ahora estas experiencias de cubana que en la década del noventa pudo al fin viajar al extranjero y conocer otras realidades. Las controvertidas emociones que desata en la protagonista de veinte años vivir junto a su amante los primeros tiempos de la reunificación entre el Este y el Oeste alemanes, tras la Caída del Muro de Berlín, es lo que intento transmitir con este texto. Se enfrentan aquí, dentro de la sutileza misma de las emociones, las carencias del Período Especial y el inmovilismo político mantenidos en Cuba tras el colapso del sistema socialista, con los cambios que dicho colapso provocó en Europa del Este. Traigo pues la vivencia de una encrucijada de diversas historias con La Historia. Es lectura triste, porque arrastra todo lo que nunca se tuvo, fuese la sociedad perfecta prometida en slogans y discursos, o el amor insostenible, imposible ante la apabullante incertidumbre.

I.

1993-2013

Hacia el fin de la primavera de 1993 me fui a vivir a Berlín, de la manera en que se hace casi todo cuando se tiene veinte años: sin expectativas, inconscientemente feliz, con fecha de regreso estampada en mi billete aéreo pero incapaz de asegurar cuándo realmente regresaría a la isla –si lo hacía. No me importaba nada más que Martin, con quien me instalé en su apartamento de Friedrichshain. Cuarto piso y las ventanas, sobre la Lehbruckstrasse, se abrían a los terrenos de la antigua fábrica Narva.

En mi casa habanera solemos guardarlo todo. Si abres una gaveta podrían saltar tarjetas postales vírgenes que comprara mi madre durante su luna de miel, en 1971, en el hotel Rancho en Santiago de Cuba; pero también reposan dentro de un sobre de nylon los carnets de la Federación de Mujeres Cubanas, del Sindicato de la Central de Trabajadores, y otros papelitos en los que se dejaba mes tras mes la constancia del pago de su cuota de membresía (apenas centavos, uno o dos pesos). Y pañuelos de encaje que habrían pertenecido a mi abuela, secos los creyones labiales, abanicos rotos y agendas sin empezar o utilizadas hasta la mitad, peines desdentados, los pequeños frascos de perfume Być Može vacíos desde hace tanto tiempo... Tal vez, hasta algún bombillo Narva.

Lo más probable es que el bombillo, como los frasquitos de perfume polaco, fuera ya inservible. Mi madre no sabe botar, cree que todo puede ser recuperable. Como ella piensa la mayoría de los cubanos, acostumbrados desde hace más de cincuenta años a guardarlo todo porque nunca se sabe para qué pueda

servir. Todo se recupera, se zurce, se lava cien veces, se recompone y vuelve a usar. Gracias a la escasez crónica, las fechas de caducidad son un lujo que los cubanos desconocen. Por eso en mi casa todavía hoy debe quedar algún bombillo Narva extraviado en las múltiples gavetas y escaparates de mi madre.

Hoy

Han pasado más de veinte años desde que yo viviera con Martin en esta calle. Tras un lento desayuno de pan negro untado con leberwurst he regresado a la Lehmbruckstrasse. Quisiera convencerme de que todo lo que persigo en este viaje es intentar recordar; pero recuerdo y olvido no son tan fáciles de definir en esta ciudad donde una y otra vez a la Historia se la dinamita, se le pulveriza hasta que nadie ya alcanza a recordarla y, casi inmediatamente, antes de que comiencen las dudas y el arrepentimiento, se construye algo nuevo sobre la nada.

II.

Potsdamer Platz

Mas antes de volver a Friedrichshain, paso por Potsdamer Platz. Es visita obligada siempre que estoy en la ciudad, aunque ya no quede allí más polvo sino el cristal y el acero de esas moles posmodernas del Sony Center y el Daimler City. Pero en junio del 93 todavía era una planicie abandonada, desnuda de su pasado como corazón de la vida capitalina en tiempos imperiales, emplazamiento del bunker de Hitler y, en plena Guerra Fría, terreno yermo circundado por las barreras del Muro. Era ese el solar yermo que Andrea Huyssen describiera como “un enorme cráter en *Berlin Mitte*, en el centro de Berlín, sobre el vacío” (199).

Al ser derribado el Muro en 1989, cuando se abre nuevamente este espacio a los ojos del mundo, nadie sabe qué construir allí. En Potsdamer Platz, podía sentirse la incertidumbre que dominaba la totalidad de la vida alemana en los primeros meses tras la reunificación: eran “casi siete hectáreas de terrenos baldíos [...], un ancho corredor de arena, pasto y restos de pavimento antiguo” (Huyssen 200). Durante nueve años, Potsdamer Platz permaneció como un *no-man's land* cargado de historia que se niega a sí misma y busca al mismo tiempo resurgir fuera y más allá de su pasado. “Berlín wird” [será], fue el *slogan* oficial de la transformación berlinesa *fin de siècle*. Mas Huyssen se interrogaba acerca del vacío verbal subyacente en esta propuesta de porvenir. ¿Cuál sería el futuro para Berlín? Y ante la INFO BOX roja que hacia 1995 promocionaba en plena cantera expectante de construcciones la imagen virtual de lo

que terminaría por ser el Berlín del 2002, Huyssen concibió una respuesta: Berlín sería imagen, solamente, imagen en el vacío.¹

Torres colosales, el inmenso centro comercial, cines y teatros gigantescos, impresionante juego de luces: apabullante es el espectáculo. Supongo que es esto el triunfo del progreso. Está también la moderna estación de trenes y hasta ha vuelto una réplica del semáforo de 1924, el primero de Europa. Unos metros más allá, colocaron trozos del Muro, junto a párrafos y fotos que explican algo a los turistas. A veces hay mimos, gente disfrazada. Muchos corren. Pocos se encuentran. No queda hoy nada de mi pasado en Potsdamer Platz. Sin embargo, hasta allí sigo arrastrándome, como una asesina vulgar. Como si hubiera sido yo la que cometió algún crimen que no alcanzo a imaginar, justamente ahí.

Ya la he visto. Otra vez. Puedo alejarme entonces de Potsdamer Platz, presintiendo que algún día dejaré de cumplir con esta tradicional visita. No he de volver, quiero prometerme mientras pongo rumbo a Friedrichshain.

III.

Am Rudolfplatz

El vino blanco en la copa deja reflejos tímidos sobre la madera de mi mesa en el café Royal. A punto está de caer la tarde sobre el parque infantil en la Rudolfplatz. Si en la iglesia de la esquina se oficiaran misas y otras ceremonias, tal vez sus campanadas marcaran las horas exactas, evitándome tener que buscar mi teléfono en el bolso o preguntar a alguien, intentando pronunciar las palabras correctas. Aunque ya no necesito esforzarme en hablar alemán en esta zona de la ciudad adonde llegan, desde todas partes del planeta, a comprar amplios apartamentos jóvenes parejas con aire de sentirse a sus anchas en el mundo. Son profesionales bastante bien pagados, más o menos creativos –o que se creen creativos–, liberales y educados; buenos ciudadanos esperanzados, correctamente organizados y sobre todo muy tranquilos porque saben que el porvenir está de su parte. No fueron pioneros socialistas y tal vez por eso logran vivir tan seguros del futuro, porque nadie tiene que venir a ordenarles cómo hacerlo, o ellos creen que saben perfectamente cómo hacer ese futuro. Ellos, que no fueron pioneros, se sienten cómodos

¹ “En una campaña publicitaria que en 1996 cubrió las paredes de los subterráneos y de la ciudad con afiches que rezaban: *Berlin Wird*, “Berlín será”. Será qué, se preguntará el lector molesto con el agujero de esa formulación elíptica ... Lo que está en juego no es la ciudad como texto codificado de manera heterogénea que se llena de vida gracias a la praxis cotidiana de sus habitantes. Se trata más bien de la ciudad como imagen y como diseño en aras de la autorrepresentación del poder y del lucro ... en lugar de vacío nos encontramos con imagen y puesta en escena, imágenes en el vacío –Berlín será–. Berlín será imagen.” (Huyssen, 207-8).

hablando inglés, como parecen sentirse cómodos en todo dentro de sus vidas pues no les he visto fruncir el ceño ni regañar a sus hijos; y el Muro, a menos de un kilómetro de aquí, es ahora sólo el East Side Gallery: trozos de pared cargados de graffitis y pinturas ante los que se pasean los turistas, también sonrientes, tomando fotos. Ninguno deja de detener sus pasos ante el mural en que Honecker y Brezhnev se besan. “Dios mío, ayúdame a sobrevivir este amor mortal” (Fig. 1) ¡Ah! Algunos vecinos me saludan al pasar junto a mi mesa, impulsando el cochecito del bebé o de la mano de sus rubiecitos. Pero en general, siento que me miran de reojo. Quieren saber qué hago aquí, quién soy. No me han visto nunca y este es su barrio – o al menos eso piensan ellos que hace veinte años ni sabían de la existencia de estas calles con sus viejos apartamentos sin baño ni ducha propios, ni ascensores ni ventanas insuladas. ¿Vendré a comprar un lindo apartamento construido con materiales ecológicos yo también? En la mismísima Lehmbruckstrasse, frente al viejo apartamento de Martin, construyen un lujoso edificio. Pregunté a una chica que paseaba el perro si sabía qué existió antes allí. “Un estacionamiento, creo”, me dijo simpática. “Desde que llegué aquí, eso es lo que había”. “¿Cuándo fue eso?, curiosité tratando de ser tan ligera y simpática como ella. “¡Oh!, hace ya mucho tiempo, hará unos diez años”. Y siguió su camino. Yo, sola en mitad de la tarde ante mi copa de Albariño, no he de parecerles una posible compradora. No tengo cara de sentirme confiada ni confiable.



Fig. 1. “Mein Gott, hilf mir, diese todliche liebe zu uberleben” (Dmitri, Vrubel, East Side Gallery, Berlin).

Tratando de resultarle simpática a la muchacha del perrito se me han agotado las energías. Desisto entonces de averiguar qué hora es. No busco mi iPhone ni le pregunto a alguno de los padres felices que llevan a sus pequeños a jugar en el parque; ellos que ya tienden mantas sobre la yerba, sacan sándwiches, ensaladas y frutas de las cestas de mimbre. Me percato que no suena el reloj de la iglesia en la esquina. No funciona. Es una iglesia sin campanas. La han convertido en una linda sala de conciertos con su órgano gótico y calma y esperanza, la KulturRaum Zwinglikirche. Aquí en mi mesa siento que me va tragando este Friedrichshain perfecto que fue antes un verdadero barrio con mierda de perro en las aceras y apenas un bar de obreros, el Zur Glühlampen, en la esquina de la Rudolfstrasse con la Lehmbruckstrasse. Un barrio que no existe más. Las cosas ahora han cambiado mucho más de lo que ya cambiaban en 1993, pero tampoco quiero que me importe. Ya no soy una cubanita de veinte años ni debe preocuparme el futuro. Sin embargo, me pregunto hasta cuándo voy a seguir oyendo en mi memoria las canciones que escuchaba Martin si él ni siquiera está aquí; y si el barrio ya no es más el barrio y han convertido la antigua fábrica Narva en la deslumbrante Oberbaum City: un moderno complejo de oficinas y condominios cuyos residentes entran en cafés chics donde sirven buen espresso y chai latte, o almuerzan en pequeños restaurantes tailandeses o vietnamitas, sopas con pastas, sushi también, y acompañan su vino con tapas, y si no tienen hijos que llevar al parque de la Rudolfplatz, pasean perros enormes al volver del trabajo. Aunque tienen cuidado de que no ensucien las aceras. Las aceras sí son las mismas, irregulares y dolidas, piedras partidas y a ratos mal colocadas, siempre un poco de arena suelta en sus grietas. Pero hay que mantener la cordura, no arrugar el ceño ni dejar de confiar en el futuro. Tengo mucho que aprender de estas jóvenes parejas frente a mí que ahora se preguntan quién demonios soy yo que vengo a perturbar la previsibilidad de su espacio, su presente y su mañana, todo lo que hay; porque la Historia fue una farsa y ellos no tienen por que indagar en ella. Eso les enseñaron en la escuela. La Historia es mi problema, y lo fue también para Martin.

En cuanto abracé a Martin aquella tarde de junio en el aeropuerto de Schönefeld me di cuenta de que ese no era el mismo hombre que había amado en La Habana. Mas decidí pasarlo por alto, hasta que a la mañana siguiente me despertó el ruido de las máquinas demoleadoras, desde los edificios de la Narva, que ya no lo sería más. Cada mañana, todos los días, echaban abajo lo que había sido nuestro mundo, justo frente a nosotros. Martin solía tomar su café de pie, junto a los vidrios de la ventana, la mirada detrás de las paredes de la antigua fábrica, buscando algo que no encontraría. O en la noche, siempre los ojos fijos en la masa oscura de ladrillos desvalidos frente a su ventana, mientras escuchaba el Köln Concert de Keith Jarrett. Ininterrumpidamente. En silencio. Yo había cesado de existir para él desde que aterricé en Berlín, porque me volví carne junto a la suya. Había dejado de ser el fantasma de su mundo ido, una borrosa abstracción, del otro lado del Atlántico, inaccesible, para convertirme en un problema:

una boca más que nutrir, un cuerpo por vestir y un alma inquieta que entretener. Y él sin saber ni siquiera cómo levantarse un día tras otro y salir a trabajar.

Tal vez por eso nunca le confesaría que lo que más disfrutaba en su apartamento eran los desayunos. Desde la primera mañana en que amanecí en Berlín y no en La Habana, desesperaba por devorar aquel pan oscuro calentico que semidormida lo veía subir desde la panadería. Había en la cocina un profundo olor a trigo. O a lo que suponía yo entonces que era el olor del trigo. Y recuerdo como sonreía cortando mi rebanada, que no se desmoronaba porque aquel pan contenía la grasa requerida para mantener la textura exacta de un buen pan. Se trataba, al fin, de la experiencia ya olvidada de volver a comerme un pan, con mantequilla y mermelada de fresa, tan mágica que hasta se veían las minúsculas semillas de la fruta. Y la leche, verdadera. Nadie había necesitado echarle un jarro de agua hervida para que alcanzara por más días. No era leche en polvo. Ni aquel polvo enigmático llamado Cerelac². No. Era leche de verdad, salida de una vaca, o varias. Espesa. Pronto descubriría también que existen tantos tipos de mantequillas, margarinas y grasas como permitiera la imaginación inventar. Yo devoraba feliz el desayuno, ajena a la destrucción de la fábrica Narva. Concentrada en la mantequilla y el pan, en la leche y la mermelada de fresas. Por eso también olvidé o evité explicarle a Martin que, según los especialistas, la balanceada ingestión de vitamina B, grasas y proteínas era esencial para combatir la neuropatía epidémica³. Tampoco era fundamental que le hablara entonces de mi carencia habanera a Martin. Ya yo estaba en Berlín y el peligro de quedarme ciega había pasado.

Sin embargo, de no haber tenido entonces veinte años y aquella sed de mundo, yo habría logrado sospechar qué se escondía en el ensimismamiento de Martin. Algo de su extravío ya hubiera podido barruntar en las últimas cartas tuyas que recibí en La Habana. Habría sabido leer detrás de los párrafos en que me contaba cómo había tenido suerte y conseguido trabajo con una firma de Hamburg. Solía viajar mucho y ahora conducía un Audi negro, de la empresa:

La semana pasada estuve trabajando en Berlín y sus alrededores. Por dos días viajé mucho junto con mi jefe. Fue muy fatigante. Yo quería mostrarle la realidad de la ex-RDA para que él comprendiera un poco más lo que pasaba aquí, lo que pasa hoy y lo que pasará mañana. En Alemania mucha gente dice que la distancia entre ambas partes está creciendo de nuevo. Mi jefe por ejemplo es uno de esos que no quiere comprender la situación real. Ya no sé cuántas veces él

² Cerelac: suerte de cereal instantáneo.

³ Durante los primeros años de la década de los noventa, reaparece con fuerza en la isla la neuropatía epidémica (ya había afectado a los cubanos como consecuencia de la Reconcentración de Weyler a finales del siglo XIX). En su reaparición post-soviética, la epidemia causa estragos fundamentalmente en poblaciones con deficiencia alimentaria, excesiva ingestión alcohólica y tabaquismo. La mayoría de los casos se reportaron en el occidente de Cuba, especialmente en la provincia de Pinar del Río.

me ha preguntado si durante el socialismo era suficiente la oferta de alimentos y la diversidad de los productos, si ahora al fin tenemos bastantes cosas para comprar... Siguiendo esta idea, todo sería tan fácil. Pero ¿quién puede comprar todo esto si no hay trabajo, si se destruye la industria en el Este como están haciendo ahora? Mi jefe no comprende que podíamos vivir en esta RDA más o menos felices, sin pensar en el consumo total, que no me sentía siempre bajo presión política.

Se quejaba. Martín no comprendía la nueva Alemania y yo por mi parte no podía entenderlo a él. Sólo pedaleaba, sorteando los baches de la Avenida Rancho Boyeros hacia el aeropuerto con mis cartas en la mochila. Deseando nada más, porque no sabía rezar -aun ahora, veinte años después, todavía no sé rezar- llegar antes de que terminaran de despachar el vuelo de LTU a Berlín, y que algún pasajero fuera capaz de vencer sus temores al trópico, a la Seguridad del Estado, a las cubanas, a aquella negrita triste pero esperanzada que se le acerca inesperadamente, y consintiese en llevar mis cartas y ponerlas en un buzón, para que le llegaran rápido a Martín mis palabras, las noticias, el desasosiego. Pero hacía siempre tanto calor y era muy duro pedalear 17 km hasta el aeropuerto. A veces, ya llegando a Boyeros, si alzaba la vista podía ver los aviones aterrizando, los que despegaban. Y entonces deseaba elevarme, abandonándolo todo, bicicleta y mochila con las cartas incluso, sobre el asfalto candente, convertirme en al estela blanca en el azul, siguiendo la nave.

Pero permanecería en tierra, de vuelta del aeropuerto al centro de la ciudad lo más rápido posible antes de que cayera la noche porque, eso sí, no podría ir en bicicleta por aquellas calles oscuras. Hacía años que las avenidas de la ciudad carecían de lámparas -¿serían también fabricadas en la calle de Martín?- y ya no se sabía si era porque no había dinero para comprar nuevas, porque costaba mucho mantenerlas encendidas o simplemente porque estábamos bajo un apagón, por horas, días, ya se perdía la cuenta... Por suerte mi Forever china ensamblada en Cuba tenía luces y la mayoría de los carros conservaban más o menos algún farol. Pero montar bicicleta de noche por las calles de La Habana era casi andar anunciando que no querías conservarla. De repente, alguien surgiría de la nada para arrebatártela y dejarte tirada sobre el pavimento. Eso es lo que seguramente iba a suceder si se hacía de noche antes de llegar a mi apartamento. Entonces me tocaría subir doce pisos con la bicicleta al hombro, adivinando por el olor los excrementos amontonados en uno u otro peldaño de mármol gris, que un día fuera blanco. Había un ascensor pero no podría tomarlo porque estaría roto o, lo que era más seguro, habría apagón. Y en las escaleras de todas formas no quedaban bombillos, Narva o lo que fuere. No obstante, yo solía dormir contenta cuando al fin regresaba del aeropuerto, mirando la ciudad negra a mis pies, confundándose casi con el mar a lo lejos, también negro, apenas alguna luz de una lancha de guardafronteras surcando la bahía. En aquellos noventa no entraban ni salían grandes barcos mercantes de La Habana. Me sonarían las tripas pero un buen vaso de agua con azúcar y un trozo de pan duro sería

todo lo que podría engullir antes de dormir: sin gas ni electricidad para cocinar, los huesos doliéndome más que las tripas. Mas era un día de suerte. Ni por asomo iba a quejarme: tanto yo como la bicicleta estábamos en casa, a salvo, y mis cartas ya deberían andar sobrevolando el Atlántico. El océano nos separaba, es cierto, pero para mí se trataba de una mera abstracción. No tenía entonces ni idea de cómo era el mundo más allá del muro del malecón, por un lado, y de la pista del aeropuerto José Martí, por el otro.

Una Forever costaba unos 1000 pesos en el mercado negro. Cuando partiese a Berlín, mi madre podría canjearla por un puerco. Conseguía imaginar la euforia de mi abuela cortando la carne en filetes; por acá una pierna, separando pezuñas, la cabeza, nada se bota, habría grasa para freír durante todo el año, y chicharrones para acompañar los mojitos. Habrían tratado de conseguir unas botellas de ron verdadero, cualquier marca, Paticurzao, ¿quién sabe si Havana Club? Tal vez vendiendo ropa usada podría conseguirse algún dinero, cambiarlo por dólares y buscar alguien autorizado a manejar divisas que les comprase un ron de verdad en alguna tienda para extranjeros. Vamos, tendrían que hacer un esfuerzo: sería un desperdicio comerse esos chicharrones tan buenos acompañados por el venenoso alcohol de una botella de chispaetrén⁴. Y tampoco iban a quitar la luz un 31 de diciembre, no, eso los de la Empresa Eléctrica o el Comité Central del Partido o los del Ministerio del Interior, La Policía, el G-2, quienes quiera que sea que tienen bajo sus dedos los interruptores para jugar a apagar y encender la luz en la ciudad, no lo harían ni locos. La fiesta en mi casa quedaría buena aquel fin de año del 93, aunque yo no estuviera presente. Mi familia estaría tan feliz tras haber al fin asado un puerco entero, después de tantos años de no poder conseguir un puerco como manda la tradición, que no les importaría interrumpir el cassette de los Van Van a las doce en punto de la noche para gritar, junto con todo el barrio, "Viva la Revolución". "Viva el Primero de enero", etc., etc., etc.

No existían entonces los emails pero nuestras cartas nunca cesaron de ir y venir sobre el océano. Ninguna desapareció:

Claro que hubo cosas falsas en este socialismo nuestro, que no podíamos viajar como queríamos, que hubo represión contra la oposición -ya lo hemos oído tantas veces pero ¿por qué tenemos que decir gracias y otra vez al capitalismo? ¿Por qué estoy obligado a ser feliz con esta solución?

A veces podía resultar muy triste leer a Martin. Y también complicado. Los borriones se sucedían página tras página, mostrando los titubeos en la escritura, y la premura. La de Martin era una letra azorada pero enjuta, delataba una inquietud que no se correspondía tan sólo a la de un enamorado

⁴ Chispaetrén (Chispa de tren) es el nombre popular por el que se conoce en Cuba, después de los años 1990 al alcohol o aguardiente barato, de ínfima calidad. Para el cubano sin recursos económicos, el chispaetrén sustituyó al ron.

ansioso. Sin embargo, todo esto dejaba de importar porque con las cartas de Martin en mis manos o en la mochila ya no era grave que se fuera la luz, que hiciera calor ni que tuviera en ese preciso momento que salir a la calle, montarme en la Forever y subir la loma eterna de la Avenida que acababa en el mar, hasta la facultad de periodismo adonde continuaba asistiendo a aprender a mentir sin gracia pero eficazmente, perfeccionando el arte de la redacción de aquello que una profesora sepultada bajo capas de grueso maquillaje llamaba "croniquillas refrescantes". No entendería nunca a qué se refería la profesora ni a quién se suponía que debíamos refrescar nosotros, los periodistas del futuro. Tampoco me importaba mucho averiguarlo. El primer día de clases, en un aula que sólo ese día conocí levemente enfriada por un equipo de aire acondicionado, el entonces presidente de la Unión de periodistas (UPEC) nos daría cordial la bienvenida, carente al menos en apariencias tanto de nerviosismo como de hambre, enfundado en guayabera de tono pálido y jeans, la incipiente calvicie radiante de confianza en sí mismo, y aún más -diría- en el Partido, que era inmortal. De aquella charla de una hora de duración o algo así, sólo recuerdo -y eso sí iba a ser para siempre- que "no podemos, compañeros, repetir cada día que en la calle hay un bache. Si se dice una, dos, tres veces, que en la calle hay un bache, ya eso resulta innecesario. Y esa repetición puede ser utilizada por El Enemigo para destruir nuestra Revolución. No se puede...".

En una de sus cartas me contaba Martin cómo al regresar del trabajo halló las mías en el buzón y corrió a leerlas a su apartamento, sin parar leyendo hasta que se hizo de noche y ya no se veía nada más, leyendo, la espalda recostada a la cerámica de su vieja estufa. *No creo que hayas visto nunca una estufa berlinesa. Es una caja grande, de más o menos dos metros de altura, hecha de piedra y cerámica.* Escribió esta carta en marzo del 93, y mientras él se calentaba la espalda, en La Habana mi abuela y yo resistíamos como podíamos "La tormenta del siglo". Sobrevivimos y se lo conté, pero Martin no sabía nada de huracanes. Escribió alguna frase cordial, solidaria, y continuó con su historia:

Ahora no tengo ganas de hacer nada ni quiero moverme de la casa con toda esa tristeza fría afuera. La nieve ya se fue hace unos días y ahora todo es gris en gris. Aunque algo sí he logrado: me he vengado de mi jefe, invitándolo a una sesión de cabaret político, en el Volksbühne. Ahí te tengo que llevar.

La gente a menudo está llena de prejuicios, no parece dispuesta a cambiar sus opiniones. La verdad nunca fue muy cómoda y los que están comentando, si abren la boca en verdad tienen miedo de reconocer distintas opiniones, nuevas circunstancias, tienen miedo a perder su influencia, su dinero, su poder (siquiera el más pequeño). Tengo un disco de Rubén Blades con una canción que se llama "Prohibido olvidar". La temática es la misma, incluso si la canción tiene otro fondo. Nunca debemos olvidar -ni lo bueno ni tampoco lo malo. Yo pienso que mucha gente en este país tampoco olvidarán lo que hemos tenido hasta el año 89, y que el estado actual no puede ser la solución final. Esta sociedad, por ejemplo, vive en grandes partes del olvido, del acostumbrarse. Pero, bueno, basta de política. Ahora es tarde, antes de irme a dormir voy a hacer un pequeño paseo al aire fresco. Te mando mis pensamientos de viaje sobre el océano.

Y te beso muy fuerte,

Martin.

IV.

How long is now?

Nunca he sabido alemán suficiente para alcanzar a reírme al unísono con Martin en el Volksbühne o en otro teatro que le gustaba, el Prater. Y Martin en el 93 necesitaba urgentemente que yo comprendiera su mundo. Que alguien lo ayudara a encontrar una salida a su laberinto. *No tienes ni idea de la cantidad de muebles que se producen para nada, cientos de estilos, tipos, variaciones, muebles, muebles, muebles...*, me escribió al regresar de una Feria de muebles en Colonia a la que lo había enviado la firma de arquitectura y diseño para la que trabajaba. Es cierto: yo no tenía ni la más mínima idea. Yo entonces sentía hambre y me asfixiaba -tanto apagón había acabado por incendiar el motor del ventilador ruso Órbita que me había sido tan fiel por muchos años. Yo lo que no quería era enfermarme con neuropatía epidémica y perder la vista, caer desmayada en una calle, empujando mi Forever china loma arriba, bajo el sol, tratando de alcanzar la facultad de periodismo. Martin tenía razón: aunque quisiera no podría entenderlo porque nunca antes había salido de Cuba y, a decir verdad, me hubiera gustado ver todos esos muebles que describía en su carta y que yo imaginaba con la ayuda de un viejo catálogo de IKEA que no sé de qué manera había llegado a mis manos. Yo soñaba con su pesadilla y él necesitaba a alguien que se la espantase.

Y como yo no entendía nada, en lugar de ir al Volksbühne, solíamos perdernos en las penumbras de Tacheles.

Pero ahora, lo que importa es siempre el ahora, y si permanezco sentada ante la mesa del café Royal nunca dejaré de escuchar el Köln Concert entre las sienes. Y el problema no es Jarrett sino que según pasan las horas y los acordes se repiten, se me hace más insoportable la inquietud. Siento que espero y la espera es espesa y duele porque no hay cita pactada ni tampoco nadie a quién esperar. Miro a un lado y otro de la calle, expectante. Quisiera creer que por una esquina va a aparecer Martin, y que esta vez – veinte años más tarde y varios exilios pesando en mis ovarios– ya podremos entendernos. Y también me hubiera gustado que alguna de las risas provenientes del parque fuese mía. Pero hay que aceptar que ellos, la gente feliz y confiada, los nuevos vecinos de Friedrichshain, están allá y yo aquí, sentada a una mesita del Royal. Hay que caminar. A cualquier sitio. Pago lo que debo por una copa de Albariño, me levanto. Ya voy.

No me gustaría subir ahora mismo a un tren pero ahí mismo tengo la estación de la Warschauer Strasse. ¿Debería entrar? Empieza a hacer frío. Es el viento gris que siempre sopla en Berlín. Al golpearme, inevitablemente recuerdo a Witold Gombrowicz cuando reconocía haber encontrado en Berlín la muerte secreta de una ciudad que había a la vez infligido y recibido la muerte: “Ya había yo encontrado la muerte, en diversas circunstancias, pero siempre en esos encuentros había existido una especie de pasadizo que daba a la vida, mientras que aquí, en Tiergarten, he sentido la muerte en directo y desde ese día, ésta no me ha soltado” anotó en sus diarios (103).

Si al menos cupiera la posibilidad de que al montarme en un S-Bahn cualquiera, el 3, 4, 5, el 6 o el 7 -¡hay tanto que elegir!- al salir a la plataforma en la última parada me estuviera aguardando él. Pero no puedo soportar la idea de pasar ni siquiera una hora dentro de un vagón de tren. Aunque sea frío, necesito el aire de Berlín. Puedo seguir caminando y poner dirección a Alexander Platz, porque casi llegando al reloj donde todos se encuentran Martin podría también llegar corriendo a abrazarme. O al cruzar la Karl-Marx-Allee de repente, a punto yo de atravesar la avenida, que él tomara mi brazo y al voltearme me recibiesen otra vez sus ojos tristes. Apretándome la mano, me arrastrará por amplias aceras, bajo el dulzón amparo de los tilos, pasando sin mirar delante del cajoncito del restaurant Moscú y más allá, seguir, después de la Haus des Lehrers y sin prestar atención al mosaico mural, tan cándidamente soviético en su fachada, continuaríamos esquivando la gente, los tranvías, los quioscos de salchichas e incluso los sempiternos charlatanes cubanos para quienes no ha cambiado el mundo porque ellos no han dejado de discutir de pelota, como si todavía estuvieran en un Parque Central -el de La Habana o el de Nueva York-, borrachos y olvidados y ellos mismos olvidadizos. Pero nosotros seguiríamos de largo, evadiendo hasta el tiempo para internarnos en el Hackescher Markt -epicentro del nuevo Sector Americano, según podría decirse a juzgar por el idioma predominante en boutiques, restaurantes y galerías- y alcanzar los cafés de la Oranienburger Strasse donde no nos detendremos de todas maneras, porque las terrazas estarán repletas de turistas, y no, nosotros seguiremos más allá, continuaríamos hasta tropezar con la verja de Tacheles.

Mucho mejor que quedarnos sin saber qué hacer con nuestros cuerpos rotos dentro del apartamento, mirando el futuro borrando al pasado enfrente, sobre los terrenos de la Narva, era en el 93 irnos a Tacheles, donde nos sentíamos protegidos del nuevo Berlín gracias a la hecatombe que constantemente nos prometían sus techos y columnas semiderruidas. Si habían hecho caer el Muro, si demolían la fábrica Narva, cualquier día Tacheles nos caería encima. Mientras llegaba ese derrumbe inminente, nos protegían también los ruidos de alguna banda de rock tocando en el patio y el silencio de los okupas sin rumbo ni esperanza vagando por las escaleras, lanzados a la oscuridad, en una esquina maloliente, tirados sobre el piso lleno de polvo, colillas de cigarro, abandono y terquedad. Bebíamos

cerveza y estábamos en paz porque en Tacheles éramos todos jóvenes que veían fantasmas y se iban paulatinamente volviendo fantasmas también. Nadie tenía una idea clara de cómo negociar una hipoteca, pero mientras esos pormenores se resolvían, se amontonaban los graffittis en las paredes para que al menos algunos sueños no desaparecieran del todo. Todavía en el 93 creíamos que podríamos conservar algo de nuestros sueños, los de antes, que eran sueños poco llamativos, es cierto: apenas caminar desnudos por unos campos, permanecer horas en alguna playa, dormitar sobre una piedra de río. Amar y deambular libres por ahí. En Tacheles, adonde entonces aún no alcanzaban a llegar los turistas, pensábamos que algo salvaríamos. Creo que sólo en Tacheles conseguimos besarnos otra vez Martin y yo, como muertos inmersos en el caos que entonces todavía era la ciudad.

Tengo que sacudirme su recuerdo pero de todas maneras me dirijo a Tacheles. Ahora, además, llegar hasta allí caminando será tal vez menos engorroso. En el 93, cada caminata estaba secretamente impulsada por la necesidad de ir más allá de las fronteras de nuestro mundo y permitir que los ojos descubriesen todo lo que hasta entonces les había estado prohibido mirar. “Estos alemanes tienen mucha suerte, han tumbado su Muro”, recuerdo que pensaba yo entonces, con 20 años y el universo, total, entero, abierto a mí por primera vez. O al menos así me sentía yo. ¡Eufórica y con el mundo a mis pies! Había que salir y caminar para verlo todo: Kufursterdam, Savigny Platz, Charlottenberg, Kreuzberg, la Siegestsäule en que se acurrucaba Bruno Ganz haciendo de ángel Damien si velaba por todos desde el cielo sobre Berlín. Ahora no. Damien renunció en la película (*Der Himmel uber Berlin*) a su status de ángel; y yo ahora ya podía recorrer Berlín de punta a cabo sin sentir aquella obsesión por buscar algo desconocido.

He llegado.



Fig. 2. “How Long is Now?” Tacheles, Berlin, verano del 2014.

Está todo oscuro y solo. Los portones de hierro permanecen cerrados. Supongo que hasta hayan recogido la estatuas y las instalaciones del jardín. Clausura y abandono. Los chicos de Tacheles no podían pagar lo que exigían los dueños del terreno y los han echado. Tanto caminar para nada. No voy a encontrar a Martin. No porque ni él ni yo existamos más, sino porque el mundo en que solíamos vivir -de haber estado vivos alguna vez- también ha desaparecido. Me recuesto a una pared, tanteándola bien no sea que se desvanezca de repente y caiga de espaldas al fondo de algún abismo. Enfrente, las terrazas del restaurante Amrit -de comida india- y del Mirchi -singapurense- desbordan de borrachera y lubricidad en látex y poliéster. Yo me siento más segura de este lado, donde puedo restregarme contra los muros sucios tanto como desee. Ninguno de los gentlemen sentados en las terrazas exóticas reparará en mí, pues no me parezco a las Barbies que desandan la Oranienburger Strasse. Yo estoy bien aquí, donde impera el vacío y un inmenso mural nos pregunta a todos, a los ruidosos y a los del silencio, “How long is now?”. (Fig. 2) Entre las ruinas puedo olvidar y olvidarme, inventarme un silencio que envolviéndome me haga definitivamente invisible a los clientes del Mirchi y el Amrit.

V.

Palacios

Estoy en Berlín y ya hace más de veinte años que no hay ni Este ni Oeste. Tampoco lo había cuando llegué por primera vez a la Lehmbruckstrasse, en 1993. Sin embargo, entonces, teníamos el caos. Y bombillos Narva. Ya no se les encuentra fácilmente. Ni aquí ni en La Habana. Esos bombillos murieron despacio, como las luces de las avenidas y el neón de los anuncios y rótulos, poco tiempo después de desaparecer también las revistas *Spunik* de los estancillos de periódicos y revistas de La Habana. Demasiado inquietantes para el gobierno. Gorbachov estaba loco ¿hasta dónde pensaba llegar si es que algo pensaba? La Habana no era Moscú. “¡Socialismo o muerte!”, ordenó Fidel en su Plaza de la Revolución, y reafirmó que en la isla éramos demasiado corajudos para “desmerengarnos” como lo hicieran los países de Europa del Este.⁵

⁵ “Menos mal que teníamos suficiente energía, suficiente sangre y suficiente carácter para quedarnos solos aquí, frente al imperio, y seguir luchando, seguir resistiendo y no rendirnos como gallinas ni desmerengarnos como la clara de huevo (APLAUSOS)”. Castro, F.



En el apartamento de Martin tampoco hay ya bombillos Narva. Ni los venden en la Galería de Alexander Platz, que antes se llamaba Centrum Warenhaus, como el gran supermercado Centro que en La Habana inventaron donde antes de 1959 estaban los almacenes Sears, frente al Parque de la Fraternidad, colindante con el Barrio Chino. Y allí podían conseguirse pepinillos búlgaros, manzanas rusas, chocolate de Baracoa y col encurtida rumana, entre otras exóticas golosinas del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica). Pero tampoco aquellas maravillas existen más. Todo se lo ha llevado la Historia: Sears, Centrum, Centro, y por supuesto el CAME. Como si nunca hubieran sido. Del Centro habanero, cuando en 1991 las vitrinas se quedaron vacías, sin exotismo socialista que vender, hicieron el Palacio Central de la Computación. Rimbombante como le corresponde a un palacio. Como el Hohenzollern bombardeado por los aliados, sobre cuyas barrocas ruinas el glorioso partido de los trabajadores construyó su propio palacio de vidrio y metal. Hace poco lo ha dinamitado el nuevo gobierno para reconstruir, piedra sobre piedra, el antiguo Hohenzollern de los prusianos. Por segunda vez. Dicen que estaba infestado de asbestos aquel lujoso edificio erigido para el sano entretenimiento de la masa proletaria. El socialismo entero, desde Vladivostok hasta La Habana, parecía estar infestado, que así lo decían las *Sputnik* y las *Novedades de Moscú*. Ya quién sabe qué exactamente era cierto o no. Pasa

siempre lo mismo con las historias palaciegas, sobre todo las que atraviesan siglos de un podio al otro y apestan a demasiados muertos. Suenan encantadoras las historias palaciegas pero no lo son. No hay electricidad ni petróleo pero se suponía que el futuro de Cuba fuera un futuro de hombres de ciencias, o al menos eso decía la prensa nacional, cuando aún les quedaban esperanzas. Tampoco hay Internet pero sí un Palacio de la Computación. En definitiva, es un mundo virtual. Habría que buscar los viejos bombillos Narva tal vez en los mercados de pulgas, allí donde se amontonan los trastos Made in GDR: ir algún domingo al rastro del Museumsinsel. Mas ¿cómo evitar el timo? ¿Cómo saber si lo que te venden por bombillo Narva no es una imitación; como las medallas, banderitas, los pedruzcos pintarrajeados que supuestamente desprendieron del Muro? O también se puede ir del otro lado, que a la misma hora bajo el mismo sol y en lo que ya es la misma ciudad, en la avenida 17 Juni, desde el pie de la Stern corriendo en dirección este mas sin llegar al Este, se extiende otro pulguero. En esta ciudad todo es doble. ¿O será que se ve doble, como si todos estuvieran debajo del agua? ¡La virtualidad! ¿Dónde es Berlín? Haría falta estar claros en esto de las dos ciudades, o si es una sola, dividida y reunificada y tal vez aún partida en dos mitades; pero ya no se encuentra una con bombillos Narva todos los días. Tampoco es que sea necesario ni aconsejable ni estar claros sobre la integralidad de la ciudad ni encontrar los bombillos Narva. En cualquier tienda, en la más mustia quincalla, la oferta es amplia y variada. Es absurdo buscar unos viejos bombillos socialistas. Hay que abrirse a lo nuevo y dejar de estar perdiendo el tiempo. La armazón de acero del demolido Palast der Republik fue reciclada en la construcción del Burj Kalifa en Dubai. ¡Qué bonito debe verse el mundo desde su edificio más alto! Igual había tanto acero en el Palast que terminó sobrando. Parece que era de muy buena calidad -sin asbestos. Volkswagen construye con él los motores de sus carros. Son los autos del pueblo ¿no? Todo tiene lógica, al final. Sólo hay que darle la vuelta a la Historia. Algo que, decididamente, tendría yo que comprender de una vez. Antes de que sea demasiado tarde.

VI.

Martillazos en el vacío: veinticinco años después

Conocemos el refrán: “Nunca es tarde si la dicha es buena.”

El 17 de diciembre del 2014 los presidentes Barack Obama y Raúl Castro anunciaron simultáneamente, desde Washington y La Habana, que impulsarían la restauración de las relaciones entre los dos países, interrumpidas en 1961. No sé si es tarde o no. Tampoco si seremos dichosos. Pero puede que se nos esté acercando el momento a los cubanos de vivir sin embargo. Veinticinco años después de derribado el Muro de Berlín, ¿nunca es tarde?

No sabemos cómo podría ser la vida sin embargo. Tampoco los berlineses en 1989 sabían qué hacer con Potsdamer Platz, ni los artistas de Tacheles vender bien su obra, ni Martin cómo agradecer a sus jefes de Hamburg por tanto capitalismo, ni él ni yo cómo perdurar.

Martin no apareció cuando lo busqué en su calle ni tampoco en el Tacheles cerrado. Lo reencontraría en otra ocasión. Cenamos, volvimos a abrazarnos y, sí, hemos sido esporádicamente felices. Nadie ha dicho que para amarse haya que entenderse. Nosotros seguiremos sin comprendernos pero palpamos igual al escuchar el Köln Concert de Jarrett y, de todas maneras, menos nos entienden los nuevos vecinos de Friedrichshain. La Historia volvió imposible nuestra historia. Sin embargo, los martillazos, los derrumbes y la incertidumbre siguen. Me gustaría creer que nunca es tarde.

Bibliografía citada

Castro, Fidel (1992). “Discurso del 5 diciembre 1992” *Portal Cuba*.

Gombrowicz, Witold (1968). *Journal Paris-Berlin*. Paris: Christian Bourgois Éditeur.

Huyssen, Andrea (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.

